

¿Hay que tener envidia a los ángeles?

Por Philip Yancey
Usado con permiso del autor

Si la lista de éxitos editoriales fuera mi guía, tal vez yo sería la única persona en América que no haya leído un libro acerca de ángeles. Es más, no soy dueño de ningún peluche de ángel, ni de ningún broche de ángel. En verdad, la fascinación de nuestra cultura con ángeles me es desconcertante, especialmente porque estos angelitos que se venden en las tiendas de regalos no tienen nada de semejanza a los seres majestuosos y aterradores de la Biblia.

Aún así, recuerdo haber sentido envidia de los ángeles cuando era niño. Vivían sin dedos para ser atrapados en la puerta del carro, tenían la habilidad de asustar a la gente al gusto, gozaban la magia de ser invisibles – los ángeles parecían tener maravillosos poderes kriptónicos. Aún hoy, siendo adulto serio y sobrio, un rastro de esa envidia persiste. Los ángeles nunca se enferman con cáncer, nunca pierden su trabajo ni sufren hambre; nunca habiendo caído, aparentemente no tienen necesidad de redención. En contraste, los humanos parecemos frágiles y vulnerables. Fuimos creados, dice el salmista, “*un poco menor que los ángeles*”, y la vida en sí nos da recordatorios diarios. Ser humano es peligroso para la salud.

Tal vez por esta razón un rastro melancólico de “angelicismo” ha fluido por la historia eclesiástica. Cuando leo las obras místicas de Jerome o de San Juan de la Cruz, o de Miguel Molinos, presiento un resentimiento persistente contra las limitaciones humanas. James Agee una vez describió un humano como “un ángel furioso clavado a la tierra por sus alas”. Allí detecto algo de la furia en los cristianos ascéticos – y también en el cristianismo contemporáneo, de la incomodidad con el cuerpo. Quisiéramos ser ángeles, muchas gracias; el cuerpo nos parece como un tipo de prisión.

En una inversión asombrosa del rango de los ángeles, el autor del libro de Hebreos define el rol de los ángeles así: “*¿No son todos espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación?*” Estas criaturas frente a los cuales grandes santos caían al suelo temblorosos, son en realidad nuestros siervos. Aún Hollywood parece ser cautivado por esta noción: Por ejemplo, en **It’s a Wonderful Life (Una vida maravillosa)**, el ángel aprendiz Clarence ayuda a restaurar esperanza y valor intrínseco al hombre que estaba a punto de suicidarse.

Dos directores de las películas de Wim Wender, **Wings of Desire (Alas del deseo)** y **Faraway, So Close (Lejos y tan cerca)**, cubren el mismo tema en más detalle. Estos ángeles mueven en un universo paralelo al nuestro, de donde, sin ser vistos, ellos llegan de su universo al nuestro y dan auxilio a seres humanos. Un ángel sentado junto a un joven en un antepecho puede tocarlo y subliminalmente calmarlo, pero no puede prevenir que brinque. Y en un interesante giro, después de años de acompañar a la gente con todos sus gozos y tristezas, algunos de estos ángeles escogen descender y llegar a ser como ellos.

¿Por qué escogería un ángel llegar a ser humano? En la opinión de Wender – la mayoría de su filosofía nos llega por Peter Falk, el ángel más incongruente en la historia cinematográfica – los ángeles se atraen a lo material. Un ángel se pregunta cómo sería agarrar una manzana, o sentir café caliente bajando por su garganta. Quiere poder sentir la tinta del diario manchando sus dedos, quiere hacer tropezar alguien que pisó en su pie, quiere sentir el esqueleto moviendo dentro de sí cuando camina. Quiere enamorarse. Quiere sentir *ahora* en vez de *para siempre*, a experimentar tiempo en paquetes discretos de días, horas y minutos, al igual como lo sienten los humanos.

Por supuesto, la angelología de Wender es imaginativa, pero aún así el Nuevo Testamento tiene pizcas intrigantes de que el ser humano tiene sus ventajas, algo que un ángel tiene que reconocer. Pablo les

escribió a los Corintios que *“hemos llegado a ser espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres”* (1 Co. 4:9b). Después, en la misma carta les dio un vistazo sorprendente acerca del futuro: *“¿O no sabéis que hemos de juzgar a los ángeles?”* (6:3) El apóstol Pedro, hablando de los misterios del plan de la redención de Dios, dijo, más que un poco emocionado, *“...cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles”*. (1 P. 1:12)

Me cuesta saber qué es lo que debo pensar acerca de estos pasajes, que nos dan pequeños vistazos y dejan muchas preguntas sin contestar. Pero parece que, inexplicablemente, Dios ha escogido invertir el futuro, no en los ángeles, sino en nosotros. Nosotros los humanos, frágiles y sujetos a la muerte, propensos a la tentación, conocidos por nuestra infidelidad, irresponsables y olvidadizos en nuestra alabanza, nosotros “la escoria y gloria del universo”, en las palabras de Pascal, tenemos un rol que llevar a cabo en la reclamación del cosmos.

Yo respeto y admiro a los ángeles, pero ya no los tengo envidia como lo hacía en mi niñez. No encuentro ninguna indicación en la Biblia del sentimiento de Dios acerca de los ángeles. Sin embargo, sí reconozco sus sentimientos acerca de los seres humanos: por alguna razón incomprensible, nos ama. Un pasaje muy familiar en Romanos une de una manera provocativa las dos creaciones:

Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separa del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.
(8:38-39)

¿Acaso los ángeles se visten de broches y coleccionan representaciones de seres humanos?

ObreroFiel.com- Se permite reproducir este artículo siempre y cuando no se venda